

“**¿**Qué bien sé yo la fuente que mana y corre aunque es de noche...!” -decía el frailecico San Juan de la Cruz-. Y como el santo poeta, “*en una noche oscura, con ansias en amores inflamada*”, voy en busca de esa fuente.

- **N**o... no eres tú, fuentecica de la Veracruz, con tus bordes de piedra ya gastados por el roce de los cántaros de las samaritanas que están esperando el paso del Señor para ofrecerle agua... La fuente que yo busco está más alta. Más allá, sí, en una cumbre, frente al rumor del río y al silencio del valle...

**Y** sigo caminando... La noche clava sus saetas de silencio sobre mi carne pecadora... ¡Para mis múltiples caídas siempre tu mano blanca! Por eso, en “esta noche oscura” con mis pies descalzos para borrar con pisadas de penitencia las huellas de mis culpas, voy subiendo, subiendo por esta vieja cuesta, áspera, dura, vertical casi, donde las piedras estrenan la caricia verde de unas hierbecillas nuevas para que no se hieran tus pisadas, Señor, cuando Tú bajas...

**A**brazando a la noche la cruz de cerrajería con sus cuatro faroles penitenciales como una emotiva oración al recuerdo...

**Y** llego en el preciso momento de contemplar el relevo de los ángeles que te hacen la guardia, Nazareno...

**Y** aquí, bajo este silencio impresionante, con la noche en mis hombros como una cruz dolorosa, y como en aquella parábola del amigo importuno, Señor, vengo a decirte:

**¿Tienes un poco de agua para mi sed...?**

**D**ignísimas autoridades, Señoras, señores...: Sirvan estas palabras de preludeo para la romanza sentimental de un poeta.

## **DUENDE:**

**C**uando en años anteriores se me encargó el pregón de la Semana Santa de Ronda, tuve que mantener una terrible lucha interior hasta poder captar la vibración psíquica de su ambiente que me diese la pauta. En términos generales: su duende. Y el duende de Ronda –por fin descubierto- no era más que el silencio. El silencio que me llevó de la mano, y casi de puntillas, hasta una plazuela recoleta para implorar la gracia de la inspiración –*inspiratio dilectionis*, la gracia teológica de San Agustín-, de una Virgen morena que se ha constituido en mi madrina de guerra, y con cuya protección voy saliendo adelante. Pues bien: aquí, en nuestro pueblo, a pesar de mis esporádicas visitas, me ha sucedido lo mismo. Perdido en el laberinto de mis profundas emociones

de infancia y adolescencia, entre la nebulosa de los recuerdos familiares, el silencio, una vez más, me ha servido de guía, llevándome hasta la alta cumbre que domina el dormido latir de nuestro pueblo. Pero aquí no fue el duende, sino el ángel quien me llevó de la mano: porque el duende, señores, en nuestro pueblo, se llama simpatía, esa simpatía que se vincula con lazos de afecto y de camaradería apenas se han tomado las primeras copas de ese vino generoso con la amistad, que aquí, no se le regatea a nadie.

Una vez descubierto este duende –palabra lorquiana, un tanto ya gastada por el uso, hasta caer en el denominativo común del tópico- y sintiendo “el aletazo del ángel en la nuca”, me he trazado un estudio escatológico de los tres factores más eminentes de nuestra Semana Santa, cuales son: la luz del día; la noche metafísica, ambiente cuaresmal, y la madrugada, circunscribiendo a ésta la emoción y el silencio del momento más inolvidable de nuestra Semana de Pasión: la madrugada del Viernes Santo, donde el fervor, para lograr mantener el equilibrio entre Dios y el hombre, servirá de catarsis, de acción purgativa del ambiente preliminar, un tanto pagano, irreverente –si queréis o quieren aquellos que nos detractan-, pero en el fondo, no es más que la evocación brillante de una época pagana, de un estilo de vida imbuido en la depravación de una Roma mercenaria, conquistadora por la razón de la espada, pero que, al final, será vencida por el golpe de gracia de las palabras evangélicas del Sermón de la Montaña.

## **LA LUZ:**

“La vibración de la luz: éste es el secreto de Andalucía” –ha dicho el fino poeta sevillano Joaquín Romero Murube, enamorado de las piedras antiguas de su Alcázar. “La embriaguez de la luz, característica de Andalucía, que nos hace participar de una constante sublimación teísta porque donde los hombres podemos ver mejor a Dios con nuestros ojos, es en el “hágase la luz”.

Y la luz se hizo sobre “el país donde el limón florece”, según la cita del gran poeta alemán Goethe, que menciona nuestro Manuel Reina en la “Canción a mi pueblo”. ¡Mi pueblo, que es alegre y bullicioso como una pandereta...! ¡La luz...! ¡La luz que arrancará vivísimos destellos de esa “cal en cien ángulos vertida”, en frase de Laffón, de nuestros caseríos, que en un afán de narcisismo, clausuran su blancura sobre el cristal mítico de nuestro viejo Genil!. ¡Genil que ves la sombra en tu corriente...! – que exclamara Barahona de Soto en aquel bellissimo soneto; Genil que inspirara los versos del antequerano Pedro de Espinosa y exaltara la vibración nostálgica de los poetas árabes... La luz que nos brinda esa maravillosa teoría cromática del zafiro del cielo y la esmeralda pulida de las huertas estremecidas por el abrazo del río; la luz que clavará sus saetas de oro sobre los olivares, designando con la graciosa caída de su señalamiento la masa retorcida y añosa de un olivo, donde Cristo ha de orar...

Pero la luz se vence, y en nuestros corazones va pesando como una maldición la noche... La noche con sus angustias metafísicas, con su cargamento de sombras y recuerdos, la noche, en una palabra, de Getsemaní...

**Y** entonces hacemos nuestras aquellas palabras de Reina, cuando exclama que, en medio de este ambiente bullicioso y alegre, “hay algo triste y doliente: el alma del poeta”.

**Y** es que, apenas se descubre el horizonte de la semana pasional, nos sentimos naufragar en esas “profundas aguas de tribulaciones” de la que nos habla el Profeta Isaías... ¿Cómo, pues, contrarrestar esta angustia que desasosiega nuestros corazones? Las Sagradas Escrituras nos darán la fórmula. San Pablo nos dirá: “¿Estáis tristes? Haced oración”, pero el Eclesiastés, más humano y comprensivo, nos dirá:

**El vino alegra el corazón del hombre...**

### **SANTA IRREVERENCIA:**

**A**ún sin conocer la psicología de nuestro ambiente “mananero” nos adjudicaron la grave responsabilidad de una palabra con la que pretendieron definirlo: irreverencia; al menos, eso era lo que dejaban traslucir.

**P**ero así, suelta, esta palabra suena mal. Yo creo que algo se les debió de haber quedado en el tintero... Otra palabra que, anteponiéndola a la citada, daría la frase completa. Hagamos la prueba sacándola de nuestras reservas defensivas... Hagamos una combinación de valores sustantivos, a pesar del sofisma. Coloquemos la palabra “santa” delante de la que, gratuitamente, nos adjudicaron, y la frase quedará más completa, y tendrá un efecto mayor, no sólo musical, sino categórico. ¡Santa irreverencia...! Creo que hemos logrado nuestro efecto, y repito, a pesar del sofisma... La frase está redonda y ya puede navegar, henchida de entusiasmo, por los altos rumbos que quisieron negarnos...

**P**ara mejor defensa de nuestros argumentos, y contra las diatribas lanzadas desde la cátedra de la incompreensión, proclamemos solemnemente una virtud de nuestro pueblo, no teológica, por cierto, pero que, en el fondo, no dejará de ser del agrado de Dios, y es la de saber hacer compatible el fervor con el gusto...

### **AMBIENTE CUARESIMAL:**

**S**e ha iniciado el tam-tam de los lúgubres tambores para conjurar el clan de los espíritus malignos... Se está tramando la muerte del Justo...

**A**ire de sinagogas parecen tener nuestras viejas casas cuarteleras, enriquecidas por el recuerdo y la tradición... En su interior no se leen ni comentan los versículos de la Toráh; solamente se cantan las saetas que compadecen a Cristo; no donde se traza su muerte como en un clan sectario, sino donde se le glorifica en el recuerdo, reinando la más perfecta unión y hermandad dignas de aquel cenáculo evangélico; y en donde, borrando toda diferenciación social, la palabra “hermano” viene a sustituir la distanciacón de la personalidad que significa el “don”.

Aire recorrido de ghetto, vedado para la incompreensión, pero siempre abierto generosamente a la buena voluntad del que llega. Basta tan solo pronunciar estas palabras:

- Pax vobis.-

...para ser recibido con el homenaje de una salutación a coro:

- Con vos venga, hermano...-

Y el lúgubre tambor seguirá destemplando las altas horas del silencio y de la madrugada con su monótono tam-tam, en un aire sectario, ahora sí, de fidelidad, en donde la Muerte, que presidirá la escena con su carcajada hiriente y estremecedora, nos dirá con el griego: “Pantha rei”: todo fluye, todo pasa; y el Diablo, con el horror de su estremecimiento interior reflejado en el semblante, hará la burla insolente del exceso... Y la vieja saeta cuartelera pasará sus versos de boca en boca –como un vino amargo– con la polifonía desgarrada del recuerdo mesiánico...

## **CHUSMA:**

¶ Fuente Genil se satura de ambiente en las noches de los domingos cuaresmales... Vieja escuela del cante brinda la solera de sus antiguas saetas a los más depurados y exigentes paladares. No se llega a caer en la irreverencia, aunque el vino alegre, tal vez, un poco... excesivamente los corazones. Como justificación del ambiente, dejémonos llevar en alas de la imaginación a la noche del prendimiento...

La chusma, batiendo sus tambores, entre gritos y luces de bengalas, olfatea las pisadas del Justo... Su nombre lo dice todo: la chusma... ¡la hez del pueblo! Los rostros patibularios, repulsivos de los Jetones; taimados y astutos de los mercaderes judíos, que tan bien nos describe Flavio Josefo; y entre la multitud judía, que aúlla en el retorcimiento de sus iniquidades entre la jungla humana, la mercenaria presencia de los soldados del César... ¡La chusma...! ¡La hez del pueblo...!

¿Es que aquellos desgraciados eran modelos de virtudes, y en su embriaguez de sangre y venganza, en la cobardía de sus instintos reprimidos por una mano fuerte, solo cantaban hosannas...? Pues entonces, ¿por qué exigirles la más severa continencia a estos hombres que, animados de la mejor voluntad, nos dan el más recio sabor de una época decadente...?

Las antorchas dan sus pinceladas de sangre sobre la noche abrileña, pero el chasquido del beso no llegará a escucharse, porque la chusma, cobarde por naturaleza, retrocede espantada ante el relampagueo de las espadas de los ángeles que ven cómo se quiebra el silencio de su noche de guardia... Además: las estrellas no han marcado la hora todavía...

Y en señal de desagravio la música tristísima de los “misereres” estremecerá las fibras más sensibles de nuestros corazones.

## **ESPERANZA:**

**P**ero en el dolor y en la angustia que nos produce la evocación de los dolores mesiánicos, algo se nos queda riendo entre el temblor de una lágrima. ¿Sabéis qué es? Un nombre. El más bello de todos: Esperanza. ¿Conocéis un nombre más bello, más musical, que, al tener resonancia en nuestros corazones, consiga abatir los muros del dolor para dejar entrever los más puros y bellos horizontes...? ¡Más fuerte que el dolor es la esperanza! Esperanza que no llegue a cumplirse la sentencia que pesa sobre el Hijo... Tal es la expresión anímica que iluminará el semblante de la Madre de Dios... Y es tan dulce y divina esta expresión, que nuestro pueblo andaluz –no, concretamente, el nuestro- se estremece con solo pronunciar su nombre... Yo, señores, modesto poeta, no puedo resistir la tentación de cantar este estado de gozo de la Madre con unos versos, un tanto aflamencados en su exterior, pero con la luminosidad metafísica en su interior, que constituye ese clan vital de la saeta. He aquí mi piropo, o saeta, que no ha de llevar más música que el redoble de los latidos de mi corazón:

**¡**Qué bonito es tu nombre, Madre mía...! Esperanza te llamas y eres pura como ese temblor de noche oscura que ya presiente el resplandor del día... Tu nombre suena a gloria: Andalucía te quiere, mi Señora, con locura. Tú sabes comprender cuánta amargura suele ocultar a veces su alegría. Divina y dulce tienes la mirada que sabe del dolor y de la Muerte y en cuya luz el alma es consolada. Para verla brillar por vez primera me traje de la mano, y para verte, juguetona y feliz la Primavera.

## **AMARGURA:**

**P**ero de este sublime estado pasará a la mayor desolación. La sentencia de muerte ha sido pronunciada por un cónsul cobarde. Y las entrañas de la Madre se abrirán por la ley inexorable que pesa sobre el Hijo. Y del libro de Ruth saldrá vibrando un nombre que irá a clavarse sobre su corazón como una flecha envenenada:

- “¡No llamadme más Noemí, llamadme Mara, porque el Omnipotente me ha llenado de amargura...!”-

**P**or el alto silencio de la noche andaluza la Madre de Dios, en su angustioso trance, pasará, entre un grupo de mujeres piadosas que la siguen, la muda y arrebatada elocuencia de su grito. Su grito que inspirara, tal vez, a Quevedo aquel verso terrible:

- “Preñada voy tan solo de mi muerte...”-

## **JUEVES SANTO:**

**D**el almendro, calendario de la Primavera, la mano del tiempo ha quitado una fecha: Jueves Santo.

**D**e las riberas del Genil la brisa trae el perfume de los membrillares. El ardor de la cera frena como un cilicio el estremecimiento lujurioso de la luz primaveral.

**J**amás el Sabio entre los Sabios, el Rey Poeta de Jerusalén, la bien amurallada, pudo soñar la emoción con que un poeta de hoy pronunciara aquel verso inefable de su Cantar: “Prendiste mi corazón en una de tus miradas...”.

**¡M**iradla! El gracioso taconeo de su pisada leve va arrancando un madrigal al aire, al aire que se filtra a través de la noche agrietada del encaje, ondulando como en un mar de pena su mantilla... Miradla, sí, es la mujer fuerte: “la que coge la rueca entre sus manos y hace bailar el huso”, “la que ni de noche apaga la lámpara”, “la bien ceñida de fortaleza”.

**E**s la madre, la hija, la hermana... La que meditó con la aguja en el aire, en el nuevo bordado de la túnica del Nazareno; la que bordó, sobre la túnica también, los siete puñales que atraviesan el corazón de esa Dolorosa de ojos negros -¡Virgencita de los Chacones...!- que, a pesar de sus lágrimas, nos haces que el piropro se enrede en sus pestañas.

**L**a mujer fuerte, sí, la que dejando la rueca, ahora lleva entre las manos el álbum de suspiros de un devocionario... Para premiar su heroísmo, la Primavera condecoró su pecho con la cruz laureada de un clavel...

**E**l aire vibra con la explosión de un terno de Jeremías:

**“¡E**stán las piedras del Santuario esparcidas por los rincones de las calles...!”  
Sí. Esparcidas estaban: no las que cimentaban sus muros, sino las más preciosas... Pero ahora, ¡miradlas! Los soldados del César, arañando la tierra, las recogieron... Profanaron el templo, y en su afán de codicia, en sus disputas por la posesión, las lanzaron al aire para después recogerlas... ¡Sí...! ¡Miradlas cómo reclaman sus vestiduras! Pero el rubí es lágrima de sangre, y la esmeralda esperanza... ¡Esperanza de que un día se derribe la columna del templo de la sabiduría pagana!. De que Roma sienta el estremecimiento de su cielo con la caída de los ídolos falsos... cuando sea destruida en un instante... “sin que nadie ponga en ella la mano...”.

**M**ientras tanto -¡no importa!- miradles en su desfile. Ufanos de su fuerza, pletóricos de su dominio que avasalla la tierra... ¡Sí! Sus pasos son gallardos, firmes, seguros... y sus continentes altivos. Tiembla el sol en sus cascos, y sus escudos reflejan un horizonte de ojos negros que, desde las balconadas, los disparan las flechas del asombro... Su música es un himno a la vida... Habla de amor, de guerra, de triunfos... Pero al cruzarse entre los defensores de un Justo inicuaamente condenado, va bajando el tono, se debilita, pierde fuerza, unidad, armonía... ¡Roma conquistadora, nada puedes contra el dulzor de una mirada... Tanto es así, que muchos de estos legionarios ya sienten en sus corazones las palabras del salmo:

**-“¡Miserere mei, miserere mei...!”** aunque luego prosigan su desfile, aparentando jactancia, cuando por dentro van moralmente vencidos...

## **IMAGINERÍA:**

**U**n nuestro itinerario musical y lírico, deslumbrados por la policroma estampa del “cambio de campanita” –donde la luz alterna toda la gama de colorido- nos estremecerá la visión desgarradora de nuestra imagería... Esos Cristos “bien hechos y acabados en toda perfección...”, ¡ese Cristo amarrado a la columna, transmitiéndole su vibración vital a la piedra; o aquél Señor de la Humildad, donde a punta de látigo el sayón solo pudo bordar los flecos desgarrados de un inacabado manto de púrpura...

Dicen que habló:

- Llévame...-

**Y** la buena monjita que, asustada, escuchara la divina ansiedad de su palabra, lo transportó amorosamente hasta el altar donde –bordadora de silencio- la plegaria terminará con el tiempo la “hermosa cobertura” de su contorno anatómico.

**Y** el ángel del silencio nos lleva de la mano hacia el alto misterio de la madrugada del Viernes...

## **MADRUGADA:**

**L**a noche zarpa, bajo el impulso leve del silencio, hacia el mar de la eternidad... Es un adiós impulsivo, desgarrador, nostálgico, éste que deja en nuestras almas la noche cofradiera... Los labios de la brisa apagan las estrellas de sangre de los cirios...

**U**na impetuosa borrasca de latidos quiere romper los diques que le frenan. Impresiona el silencio como aterriza el momento... El ángel de la sombra hace entrega de su lanza de luz –roble de cera, ahora- al ángel mañanero, apresurado un poco en su llegada... Y el ángel de la sombra vuela hacia la eternidad como la noche que navega –tal vez a la deriva- por la ruta del tiempo... El viento silba una melodía en el pinar cercano. Un ruiseñor preludia; luego, a coro, los ruiseñores del río dispararán hacia la altura la salva de sus trinos... La brisa –verónica piadosa- va refrescando los rostros que reflejan la tensión angustiosa de la espera... No. No es la hora. En la noche del tiempo no cuentan los minutos... Pero aquí, la ansiedad tiene un rumor de siglos concentrado.

**P**or la puerta entreabierta fluye el manantial de las dulces palabras, de los rezos piadosos que deshojan el “jasmín del silencio”. “¡Hijas de Jerusalén: No lloréis más por Mí...!”.

**L**a nave es un susurro de besos en voz baja. Imponente, solemne en la grandeza de su renunciación y en el poder sublime de su entrega total, el Hombre, abrazado a la Cruz, dirige su mirada suavemente hacia el claroscuro rembranesco de aquellos olivares esperando la hora... Aquí no hay ni inquietud, ni temor, ni angustia... Tan solo



serenidad. Y su mirada es dulce, de una dulzura que hace daño. ¡Daño sobre los corazones que no pueden contenerla...! El día al fin... Un suspiro de alivio se eleva como una nube blanca sobre el ambiente tenso donde se escucha la marejada de tantos corazones que se estrellan contra los acantilados de los pechos... El tétrico golpear de las horquillas hace vibrar la nave curvando a las espaldas el ramalazo de un escalofrío... ¡Son los pasos del Hombre que se enfrenta cara a cara al destino...! Encuadra en el marco de la puerta la figura solemne del Terrible. ¡La luz triplica su salutación matinal sobre la vibración dorada de las potencias...!

### Ecce Homo: He ahí al Hombre.

Y aquí calla el Poeta para que hable el corazón del hombre hecho niño ante el recuerdo...

#### SEÑOR:

La nostalgia ha clavado su zarpazo de hierro sobre mi corazón... Y es que... verás: el recuerdo... sí, recuerdo, ésta es la palabra, ha despertado en mí al niño que todo poeta lleva dentro... Aún había estrellas en tu noche... Y he llegado corriendo para escuchar la “diana”, para verte salir entre las llamaradas de las bengalas y los vítores de los que se arrodillan apenas has cruzado el dintel de la puerta... ¡Qué música más vibrante...! ¡Y cómo nos estremece...! ¡Cómo tiembla de azul la mañana!, y cómo la luz rebota su lanzada sobre los escudos, que paran su golpe, de los soldados romanos... La brisa juega con los blancos penachos de los cascos, que son como palomas que picotean la azulada fresca del aire...

¡Ay...! Pero en mi mano –como en aquellos tiempos- siento la presión de otra mano...

¿Te servirá, Señor, la sincera emoción de esta lágrima como una oración a su recuerdo?

Algo me hace sonreír: es tu sonrisa. Esa sonrisa tuya que reservas para los que sabemos paladearla... ¡Para los cabales...! Es un decir: yo no sé si estaré entre ellos. Pero a mí me has sonreído. Sí: en “una noche oscura, con ansias en amores inflamada...” como decía el frailecico, aquella noche que te pedí agua...

Y, ahora. ¿Qué te hace sonreír? Ya lo veo: es aquel hombre de la ribera. Se ha quitado la gorra ¡y se ha hecho un lío para poder santiguarse...! Pero, ¡no importa!, ¿verdad, Señor? Hay una lágrima en sus ojos y eso le basta... El pobre se ha acordado de aquella inundación...

A esta mujer que, descalza, se llega hacia Ti y toca los flecos de tu manto, también la conozco... ¡Como la hemorroisa, Señor, que no se atrevía a hablarte, ha fiado el prodigio del milagro en la levedad del tacto...! La he visto muchas veces, sí... ¡tantas cuantas subía de noche a hablarte...! Se arrebujaba en un mantoncillo negro, y se



arrodillaba ante el mosaico de la puerta donde está Tu imagen... Y Te rezaba, y Te hablaba... -aunque yo no escuchaba sus palabras. Y Tú, le sonreías...

**Y** a ese hombre también me parece conocerle. Su aspecto es rudo, fuerte, tiene manos callosas... ¡Ya está! ¡Ya sé quien es!

**T**rabaja en un taller de carpintería que hay en un postigo de ese callejón. Una noche -¡las copas, Señor!, le oí decir en una taberna:

- Yo no creo en Dios, pero en Ése sí creo-.

**É**se eras Tú.

**M**e hice su amigo y le invité a otra copa:

- ¿Por qué no crees en Dios y si crees en Ése? -le pregunté.  
- Porque Ése sabe de mis miserias, de mis sufrimientos, conoce todos mis apuros... En una palabra: ¡porque tiene las manos obreras como yo!

**¿**Qué te parece?, ¿le hacemos de los nuestros?

**Y** a ese centurión parece que le conoces bien. ¡Os habéis mirado de una manera...! El pobre hombre, avergonzado, parecía decirte con el gesto: - ¿Qué quieres, Señor, que haga...? ¡Estoy en acto de servicio...!

**Y** Tú le has sonreído también. Es el centurión que tenía el criado enfermo y que no quiso que le acompañases... Ahora, el César le ha mandado a prenderte. ¡Está en acto de servicio...! ¡Pobre hombre!

**Y** a ese viejecillo sí que le conoces: es el que toca la “campanita”. Si no sabes su nombre, te lo digo. Se llama... ¡Pascual...!

**B**ueno, Señor: ya has bajado la cuesta. Si tienes sed puedo llegarme en un salto hasta la Veracruz, y de aquella fuentecica te traeré un poco de agua entre las cuencas de mis manos... Pero tus labios, Señor, están tan altos, y yo, en este momento, me siento tan pequeño como un niño... Perdona que te diga: Tengo prisa. Quiero ver al Imperio, a los Apóstoles, a todas las “figuras”... Ya nos veremos más tarde; ¡cuando le echés -con el río a tu espalda-, la bendición al pueblo...! Hasta luego...

**SILENCIO:**

**C**risto ha muerto...

**¡**Viernes Santo, triste día -murió Cristo en el Calvario...!- reza la antigua saeta pontanesa, estremeciéndonos el alma el recuerdo de aquel cuerpo enclavado, “ardientemente halagado en llama fría”, según el verso de un poeta moderno, Blas de Otero.

**Y** entre el temblor de sangre de los cirios, con el Cuerpo del Hijo en el regazo, la Virgen de las Angustias. El dolor en su rostro dio la más fuerte y explosiva pincelada... ¡Madre...!

**¡Q**ue tu dolor, tu angustia, tu tristeza conmueva al mundo que su fe ha perdido, que vuelva a Ti sus ojos y medite en la sublime inmolación de Cristo...!

**SOLEDAD:**

**A**lmirez, almirecero, relojero ¿qué hora es?

Nota Aclaratoria:

(Las mujeres del barrio tocan los almireces anunciando que ha salido la Virgen de la Soledad).

Control:

(Fondo de tambores de picuruchos hasta el final de la estampa).

**¿Q**ué buscas bajo la luna, Tú, María, la de las tocas negras? Voy a llorar mi pena baja la noche alta.

**¡Q**ue no me siga nadie! Este dolor es mío como mía su sangre... Su sangre derramada por el Mundo una tarde. Soledad es mi nombre y la noche lo sabe... ¡Solo la noche quiero que me acompañe...! ¡Dejadme llorar a solas por estas calles...!

**P**ero no vas sola, no, Virgen de la Soledad, porque tras de Ti, como tras de una estrella, por el alto silencio de estas callejas de la Isla, seguiremos tus pasos, hasta que la luz del día ponga en nuestros corazones el mensaje jubiloso y triunfal de la resurrección de Cristo...

**Y** con estas palabras, señoras y señores, el Poeta termina su romance sentimental, que no pregón, porque yo no soy orador, que es lo primero que debía de haber dicho... Y se despide de Uds. con un grito muy pontanés y muy “mananero”:

**¡¡Viva el Terrible!!**

**Joaquín González Estrada**